

BILOGÍA VIELMAN

---

*SECUESTRANDO A*  
**VIELMAN**

G. Elle Arce



BILOGÍA VIELMAN  
**SECUESTRANDO A VIEL-  
MAN**

*G. Elle Arce*

Copyright © 2017 Elle Arce  
Registered in safecreative: 1702200786591  
All rights reserved.  
ISBN: 1548152595  
ISBN-13: 978-1548152598  
Portada creada por Larissa Saravia  
Imagen de TchaikovskyCF

Por mis sueños.

## SINOPSIS

Finalmente, tengo el trabajo que siempre he deseado, la pasantía que tanto he anhelado durante estos años en lo que he estudiado Derecho.

Nada podía interrumpir mi felicidad... o al menos eso pensaba, hasta que él se interpuso en mi camino.

Había estado huyendo de él por algún tiempo. Había comprobado su carácter de lejos, verificando que lo que se decía de él era cierto. Marcos Vielman, no es más que un arrogante abogado, misógino, petulante, que se cree un ser perfecto, pero no es así. Por algo su apodo era "serpiente".

Hubiera seguido huyendo, pero por alguna extraña razón –después de una junta entre los abogados del bufet, a la que el padre de él, el dueño mayoritario del bufet y mi jefe directo; me llevó–, termine siendo acosada por su mirada azul eléctrica. Para luego enterarme, al siguiente día, que sería su pasante, y ya no la de su padre.

Desde ahí, las cosas fueron de mal a peor... pero bueno, no soy una persona que se queda de brazos cruzados, viendo cómo soy degradada. No, yo no me quedo con la espina clavada.

## PROLOGO

El restaurante “*Caelestis Cuppedia*”, está repleto de comenzales. No importa si para este restaurante se necesita reservar con un mes de antelación, las personas siempre acuden a él. Y no se podía esperar otra cosa cuando es el restaurante mejor cotizado de la ciudad.

El local esta climatizado para que haya un ambiente agradable. Situado en el centro de la ciudad, en la zona más cosmopolita. Un edificio grande con un aspecto antiguo a pesar de haberse construido hace diez años; mezclando diversos estilos arquitectónicos, mostrándose como único en su especie. Las paredes son rusticas, sin pintar solamente manchadas de gotas de colores. Candelabros de miles de cristales y piezas doradas, decoran el techo. Con las mesas más sofisticadas, de roble, cubiertas por telas de seda negra y escarlata.

En una esquina del restaurante, sentado en la penumbra, observando detenidamente la entrada del lugar... un hombre espera pacientemente a que su cita llegue.

Se toca la barbilla, pensando en todas las cosas que podrían salir de la cita que tendría con esa mujer... La vida le sonreía, no podía pensar en nada mejor que en lo que sucedería esa noche. No podía creer la suerte que tenía, sin duda era un hombre afortunado.

Jamás imaginó que las cosas se dieran de esta forma, jamás vio venir lo que recibió esa misma tarde.

La miro venir a lo lejos.

Sin duda alguna, era una mujer impresionante, pero más le gustaba lo que venía con ella...

Con su vista fija en la silueta femenina que caminaba hacia él, se pasa un dedo por su labio inferior, saboreando el momento.

Se levanta de la silla en la que estaba sentado, abotonando su fino saco. El aspecto de él es afrodisiaco, más cuando hace uso de sus encantos, y esta vez no es la excepción.

Lleva puesto un traje negro con delicadas rayas de color gris. Su corbata esta impecable, sobresaltando sus facciones con ese color celeste cielo, junto con su camisa blanca.

Cuando ella se encuentra cerca de la mesa, él caballerosamente le ayuda a sentarse.

–Un gusto, tenerla frente a mí –saluda, cortésmente.

–Es usted todo un caballero –coquetea ella.

Él sonríe con malicia al ver que la tiene entre sus manos. Es una presa fácil y él podrá aprovecharse de ello.

–Me asombra, señor. ¿Cómo es que ha conseguido una mesa si apenas acudí esta tarde a usted? –pregunta ella jugando con la copa de agua que tiene en las manos.

–Es lo que hace los buenos contactos –se encoge de hombros, restándole importancia. Nuevamente, sonríe con malicia.

En definitiva, le esperaba una velada peculiar...

## 1

–Como última pregunta, para que ya termine esta pequeña entrevista –bromea en licenciado Laínez–, cuéntame: ¿Qué es lo que te ha hecho interesarte para hacer la pasantía en este bufete jurídico?

–En realidad –comienzo a explicar–, me ha gustado todo. Sé que es uno de los mejores bufetes jurídicos, que cuenta con los abogados más calificados a nivel nacional, en todas las materias. Además, en la universidad es una de las pasantías más codiciadas.

Laínez asiente, está de acuerdo con lo que le acabo de decir.

–Las pasantías que tenemos no son muchas, porque como bien has dicho, somos uno de los bufetes más cotizados por los egresados, pero me parece que tú cumples con el perfil que necesitamos –me dice con una sonrisa relajada, tranquilizándome.

Siento como un peso se quita de mi espalda.

Esta pasantía es lo que he soñado desde que entre a la universidad. Siempre, desde que supe que quería ser abogada, sentí que debía trabajar en Vielman y Asociados y esto me acercará a esa meta.

–En tu currículum dice que trabajaste como ayudante del juez segundo de paz –comenta.

–Sí, estuve con él desde que entré a la universidad, ya hace cinco años. De hecho, un poco antes de entrar a mi primer año –relato brevemente.

–¿Por qué decidiste no seguir con él? –pregunta con curiosidad, acercándose más, poniendo sus antebrazos en el escritorio.

–Porque, aunque me encanto trabajar para el juez Marshall, no me gustaría en un futuro trabajar en un juzga-

do. Me gusta más la litigación –explico lo mejor que puedo.

–Entiendo.

Anota algo en una hoja.

Mis nervios están a flor de piel. Desde que entre a la oficina de recursos humanos, he estado ansiosa y la expectativa. Deseo mucho trabajar aquí.

–Te llamaremos –me dice, a modo de despedida.

Me levanto de la silla en la que he estado sentada por media hora. El licenciado Laínez se pone en pie, también, y me extiende su mano para despedirse.

Sonrió lo mejor que puedo.

Salgo de la oficina de Laínez, con una exhalación prolongada.

\*\*\*

–¿Cuándo sabrás que te han dado la pasantía? –me pregunta Rafaela.

–No tengo idea –contesto, con sinceridad mientras me muevo en el sillón.

El sillón del cuarto de Rafaela, es muy incómodo, pero me encanta la vista que tiene de su jardín; su madre lo mantiene bien cuidado.

–¿No te dijeron cuando sería? –pregunta, alzando una ceja.

–No. Pero me dijo el de recursos humanos que cumplía los requisitos –explico, emocionada.

–¿Era guapo? –cuestiona, con picardía.

Me río antes de contestar.

–Para nada. Es un hombre bigotón, con un estomago grande y de estatura mediana. Pero es agradable –describo al licenciado Laínez.

Pone los ojos en blanco.

–¡Tenía que ser! Tú no tienes suerte para encontrarte con jefes guapos –se mofa–. Sino, fijate como era el juez ese...

–El juez Marshall, es un hombre mayor –vuelvo a reír.

–No importa... ¡¿Quién quisiera ligar con su jefe?! –exclama dramática.

–Correcto, eso sería estúpido. Es casi como darte la sentencia de muerte, al menos laboralmente –me burlo.

Eso no es más que la verdad: quien se mete con su jefe es un tonto, porque nunca se termina bien; ya sea que acabe uno despedido o sólo logre el odio de sus compañeros, pero, nunca es una buena idea meterse con el jefe.

–Sabes, yo he oído que uno de los hijos del dueño del bufet, el que trabaja con él, es muy guapo –dice Rafaela, soñadoramente.

–Sí... y lo que yo he oído, es que es un cerdo, un machista retrogrado, aunque buen abogado –hago una mueca de fastidio.

–¿Crees que te toque ser la pasante de él? –cuestiona intrigada.

–No creo. Hasta donde llega mi conocimiento, nunca ha tenido un pasante. Se rumorea en la facultad, que no le gusta tratar con “niños que necesitan entrenamiento”.

Achico los ojos y pienso en todo lo que he escuchado sobre el mayor de los hijos del doctor Vielman.

–Todo lo que dicen de él es... malo. No hay otra forma de decirlo. El tipo es una persona bastante peculiar. Demasiado enojado para su edad –comento.

–¿Qué edad tiene? –pregunta interesada.

–¿Me vas a decir que te interesa como pareja? –le pregunto asombrada.

–Tal vez... –se queda viendo hacia su cama, y sonrío con malicia– ¡¿Quién sabe?!

–¡Por todos los santos! El hombre ha de tener como unos treinta y algo –exclamo exagerando.

–¿Y eso qué? Nosotras tenemos 22, no es como si me llevara 20, en el caso que tenga 30 –dice moviendo la cabeza, con las cejas alzadas.

Me quedo callada.

No pienso discutir por ello, porque cuando a Rafaela se le mete algo en la cabeza, no hay nadie que se lo quite. Y si le sigo diciendo cosas sobre el mayor de los hijos Vielman, es probable que quiera después que haga algo para juntarla con ese hombre, y no me pienso meter en ello.

–¿Qué harás hoy? –cambio de tema.

–Dirás: qué haremos hoy. Y contestando a tu pregunta –se adelanta a decir antes que yo la corrija–: vamos a ir a la nueva discoteca.

–No puedo ir. Sabes que no puedo –le recuerdo.

–Claro que puedes. Tu tía no dirá nada. A mí se me hace que le usas como excusa para no ir –acusa.

–Claro que no la uso como excusa para no ir contigo, pero, por si se te ha olvidado, ya no trabajo, ya no tengo dinero para eso.

Antes ganaba dinero trabajando para el juez Marshall, pero desde hace una semana dejé de laborar con él; no podía seguir con ello si quería tener una pasantía. Además, no podría graduarme si seguía trabajando ahí; la universidad no me daría mis horas como pasante, ya que se trata de un trabajo formal, no una pasantía.

–Por eso no te preocupes, yo pago.

–Solo porque eres mi amiga dejaré que lo hagas –le guiño un ojo en complicidad.

–Claro... Tú vístete sexy y la pasaremos excelente hoy – hace una sonrisa macabra.

Cierro los ojos, presagiando lo que se avecina.

\*\*\*

La discoteca está a reventar de personas.

Se suponía que por ser nueva no habría tanta gente, pero no es así.

La entrada no nos ha costado tanto, gracias a Rafaela, y sus influencias con guardias de seguridad.

–Vamos por algo de alcohol –grita, animada.

Caminamos hacia la barra, apartando a las personas a codazos.

Rafaela, lleva puesto un vestido rojo fuego, ajustado a su cuerpo, que le queda de maravilla.

Mi ropa es diferente, pero sé, como que en el aire que respiro hay oxígeno, que me veo ardiente. Llevo puesto unos vaqueros ajustados, con unos tacones de muerte de color negro, y una blusa con escote palabra de honor color turquesa.

–Dos Gin Tonic –pide Rafaela, sin preguntarme ya que conoce mis gustos.

–¡Cómo que está un poco llena la discoteca! –le grito.

–No es nada, pudiera estar peor. Es muy buena, y tiene buena pinta. ¿Qué pensabas, que iba a estar vacía? –ironiza.

–No, pero, tampoco tan llena –digo empujando un tipo, para que no se me acerque tanto.

–Olvidate de los demás. Diviértete. –Ya no me mira, esta entretenida coqueteando con un chico que está al otro lado de la barra.

Volteo para ver lo que mira.

Rafaela, siempre ha tenido buen ojo para los hombres. El tipo con el que está tonteando está muy guapo. Alto, musculoso, de tez trigueña, con el cabello castaño claro. Nada mal.

Desde lo lejos, distingo como él, se me queda viendo por unos largos segundos, y me guiña el ojo.

Tal vez puede que le gusten las de cabello oscuro, y no rubio como el de Rafaela. Porque honestamente, las dos estamos guapas como para que exista otra razón. Rafaela, es de piel blanca, cabello rubio, ojos color avellana, alta, con un espléndido cuerpo. Yo, por otro lado, soy pequeña de estatura, con curvas –de eso no me quejo–, trigueña de piel y mis ojos son de color celeste. Ambas somos muy sexys. Rafaela, tiene la belleza clásica de las mujeres de ante, y, yo soy más del estilo latino. Por ello, es que cuando un hombre se fija más en una que en la otra, eso, sólo quiere decir que le gustan más de una “etnia” que de otra.

Rafaela se voltea con una mueca furiosa y busca a su siguiente víctima. Su regla es: si mira algo que le gusta, va por ello; pero supongo que en este caso... no es así.

El cantinero nos pone las bebidas frente a nosotras, Rafaela paga la cuenta al instante.

–Vámonos a sentar –dice, todavía molesta.

–¿Dónde? –pregunto, cuando miro hacia todos lados sin hallar alguna mesa que esté disponible.

–Ahí –dice, apuntando a una mesa donde hay unos hombres hablando.

Cuando miro bien quiénes son, me doy cuenta que uno de ellos es el primo de Rafaela, Nicolás.

–Ahí está tu ex –señalo a Oliver, el mejor amigo de Nicolás.

–Sí, y Nicolás es el tuyo, así que ya deja de pensar que me voy a derretir por ello. Sólo es un hombre, y listo –su boca se aplana y veo como está a punto de salirle humo

por sus fosas nasales. Hablarle de Oliver, equivale a pisar una granada.

–Claro, tienes razón. Es igual a Nicolás, conmigo –digo, mirando para otro lado. Mentalmente, me repito que ir donde ellos es una pésima idea, pero me abstengo de decirlo.

Evidentemente, no son los mismos términos que tenemos Nicolás y yo, a los que ella tiene con Oliver.

Nicolás, fue mi novio cuando era adolescente. Lo admiraba. Cuando comenzamos a andar, él estaba por entrar a la universidad para ser doctor y yo iba a noveno grado. Era “mucho mayor” que yo, y eso causo un gran alboroto en nuestras familias, sobre todo cuando se supo algunas cosas...

Mi relación con él fue buena mientras estuvo en secreto, pero luego, fue tormentosa.

Y ahora, los dos nos llevamos bastante bien. Hemos afrontado el pasado como si nada hubiera ocurrido. Tampoco tenemos la idea de volver.

Llegamos a la mesa de los chicos y todos se callan cuando nos ven llegar.

¡Incomodidad en su máximo esplendor!

–¿Cómo están? –pregunto, con mi sonrisa más dulce, rompiendo el hielo.

–Perfectos, ¿y tú? –contesta Oliver, viéndome y evitando a Rafaela.

¡Genial, hazla enojar más! Este chico quiere salir con un ojo menos.

–Igual, ya sabes. Todo bien. ¿No es así, Rafaela? –le doy un codazo.

–¡Oh, sí! Ella esta increíble. ¿Acaso no la ves? –le pone su peor cara.

Lo que dije. Mala idea. Pésima. No sé porque Rafaela nos ha traído aquí, pero no me va a gustar nada la noche si sigue así. Sólo me hace sentir más y más tensa.

–Siéntense –dice Nicolás, al ver la situación.

Le sonrió agradeciéndole por todo.

Me siento entre Oliver y Nicolás, y Rafaela se sienta entre su primo y otro amigo de él.

–¿Cómo te va Kendra? –me pregunta Nicolás.

–Bien –contesto, simplemente.

–Escuche que ibas ir a pedir una pasantía en Vielman y Asociados –comenta Oliver.

–Sí, de hecho, fue hoy –prosigo–, pero no tengo idea si quedaré o no.

–Quedarás, ya verás. Eres muy inteligente, y ¡quien no quisiera tener a una pasante como tú! –me guiña un ojo Oliver.

Sólo espero que Rafaela no haya visto eso, porque no creo que se lo tome como una broma, que es lo que fue.

–¿Y a ustedes qué tal les va en la especialización? –les pregunto, a sabiendas de que todos son estudiantes de medicina.

Comenzamos a hablar de todo, pero noto como Rafaela, se pone más estresada a cada minuto que pasa. No es normal en ella estar así en las fiestas o discotecas. Supongo que es por Oliver, pero no me atrevo a hacer nada, porque en cualquier momento esto puede explotar y estoy segura que ninguno de los presentes quiere ver eso.

–¿Quién se apunta para ir a bailar? –pregunto, poniéndome de pie, terminándome la bebida.

–Ve tú, yo no quiero –contesta Rafaela con tono agrio.

Asiento, tragando saliva, y me voy antes de cualquier cosa suceda. No quiero estar aquí si se comienza a pelear con